

CARTA A UN JOVEN TEOLOGO

Me alegro mucho del recibo de su carta en la cual plantea una serie de cuestiones interesantes sobre la relación entre el proceso de "conscientización", la praxis libertadora, la Palabra de Dios, el Primer y el Tercer Mundo.

Prefiero desarrollar libremente algunas ideas en vez de responder directamente a las cuestiones planteadas. Tomaré por eso como punto de partida de mis consideraciones el problema realmente fundamental de la liberación del hombre.

Pienso que una de las mayores preocupaciones que los cristianos debemos tener en relación a este problema es la de superar las ilusiones idealistas que nos llevan a querer cambiar al hombre sin tocar para nada su mundo. Semejante actitud, que es indudablemente confortable para aquellos que gozan de buenas condiciones de vida, implica la preservación del "status quo", en el cual los oprimidos están impedidos de ser plenamente humanos. De hecho, resulta imposible cambiar al hombre sin cambiar su realidad concreta; la transformación de la realidad implica la transformación del hombre, aunque no mecánicamente. Hay una incuestionable dialéctica en este proceso. Cuando olvidamos esta dialéctica caemos simplemente en uno de los dos desastrosos errores: "subjetivismo" u "objetivismo".

Pero es necesario subrayar que, cuanto más estemos envueltos en formas de acción que se basan en la ilusión idealista, tanto más estamos al servicio de las élites de poder. En este caso nuestra acción se vuelve necesariamente paternalista, importando muy poco cuál sea su campo de actuación. De esta manera nuestra tendencia es la de crear "asistencialismos", volviéndonos "falsamente generosos", como diría Nieburh (*Moral Man and Immoral Society*). En vez de trabajar con los hombres para transformar radicalmente la realidad social que no les permite ser plenamente humanos, cooperamos en mantener la realidad injusta a través de actividades que yo normalmente llamo "suministrar aspirinas". Es precisamente en razón de ese tipo de actividad que las élites del poder proclaman nuestra virtud, mientras nosotros seguimos durmiendo en paz, quizás después de haber tomado nuestra dosis de whisky escocés.

Por el contrario, si nos esforzamos por desarrollar una acción diversa, una acción realmente amorosa, invitando a la gente a "quitar los velos de la realidad", a descubrir las verdaderas causas de su miseria y opresión; cuando buscamos, a través del proceso de "conscientización", hacerles posible cambiar su percepción ingenua de la realidad por otra dialéctica, las élites de poder ya no seguirá proclamando nuestras virtudes. En ese caso somos considerados enemigos de la "Civilización Occidental Cristiana"...

Véase "Perspectivas de Diálogo", Montevideo, Núm. 50 (Dic. 1970).
Reproducido con expresa autorización de la revista.

Artículos

Eso es obvio, y seríamos ingenuos nosotros si esperáramos que las élites colaboraran en su propia destrucción.

Pero, al aceptar la posición revolucionaria que defiende científicamente la transformación conjunta del hombre y de la realidad, yo estoy convencido de estar siguiendo el verdadero camino cristiano. Al discutir el Nuevo Testamento como el "Testamento de lo Nuevo", Moltmann (*Religion and the Future*), afirma:

"Nos confrontamos en este punto con una fe de orientación escatológica. Esta fe no está interesada en un hecho que tuvo lugar en los comienzos, en el pasado, o en explicar por qué el mundo existe y por qué es tal como es. Oriéntase, por el contrario, hacia un nuevo futuro y por eso necesita cambiar el mundo, en vez de simplemente explicarlo, transformar la existencia en vez de simplemente elucidarla. ¡Esta actitud escatológica frente al mundo crea historia en vez de simplemente interpretar la naturaleza!".

Y añade:

"Desde el comienzo de los tiempos modernos las esperanzas en algo nuevos de parte de Dios emigraron de las iglesias y han sido invertidas en las revoluciones y los cambios rápidos. Generalmente lo que quedaba atrás en la Iglesia era la reacción y el conservadorismo. De esa forma los cristianos se volvieron "religiosos". Esto es, cultivaron y glorificaron la tradición.

En la tradición religiosa los hombres son transformados en recipientes de un mensaje viejo. En el mundo moderno se vuelven pioneros del progreso, experimentadores del futuro y descubridores de nuevas posibilidades".

Debemos transformarnos en descubridores de nuevas posibilidades y al mismo tiempo hacerlas concretamente reales.

La verdadera humanización del hombre no puede ser realizada en la interioridad de la conciencia, sino en la historia. Si la realidad objetiva impide al hombre humanizarse, en ese caso le toca simplemente cambiar esa realidad.

Yo estoy convencido de que los cristianos tenemos una enorme tarea que realizar en ese dominio, supuesto que seamos capaces de superar los mitos idealistas y participar, de esa forma, en la transformación revolucionaria de la sociedad, en vez de seguir negando la contribución realmente importante de Marx. Ser cristiano no significa necesariamente ser un reaccionario; de la misma forma que ser marxista no significa necesariamente ser un burócrata deshumanizador.

El mensaje cristiano y el pensamiento científico de Marx no son, primero, una invitación a permanecer pasivos frente a la opresión; segundo, un instrumento demoníaco para la esclavización del hombre. Marx es tan poco responsable de la distorsión mecánica de su concepto del hombre y del mundo, cuanto Cristo es responsable de nuestra cobardía. Por eso la primera condición para saber escuchar, y no solamente escuchar sino efectivamente poner en práctica la Palabra de Dios es, en mi opinión, estar genuinamente dispuesto a comprometerse en el proceso de liberación del hombre.

Pero, permítame la repetición, tal proceso exige el compromiso histórico, exige la acción transformadora que implica el enfrentamiento con los poderosos de la tierra. La Palabra de Dios, en último análisis, me invita a re-crear el mundo, no para la dominación de mis hermanos, sino para su liberación. De esa manera yo no soy capaz de escuchar esa Palabra si yo no estoy urgido por vivirla plenamente. Eso significa que escuchar la Palabra de Dios no es, por un lado, un acto pasivo de falsa devoción ni, por otro, un acto en el cual somos una especie de recipientes vacíos para ser llenados por esa Palabra. La Palabra de Dios no es un contenido que conserve dentro de mí como si fuera algo estático. Esta Palabra no podría ser salvadora si nosotros fuéramos simples recipientes en relación a ella. En cuanto salvadora, es una Palabra liberadora, que los hombres tienen que asumir históricamente.

Los hombres deben transformarse en sujetos de su salvación y liberación.

En este sentido, únicamente el Tercer Mundo —no en el sentido geográfico sino en el de mundo dominado, dependiente, sin voz—, es capaz de escuchar la Palabra de Dios. Para que el Primer Mundo pueda escuchar la Palabra de Dios tiene que hacer primeramente su experiencia de Pascua. Eso significa que le es indispensable morir como Primer Mundo a fin de nacer de nuevo como Tercer Mundo. Esa es también la razón por que únicamente del Tercer Mundo, en el sentido en el cual yo lo entiendo aquí, es posible que emerja una teología Utópica, una teología de denuncia y anuncio que implica profecía y esperanza. Una teología que está al servicio de la burguesía no puede ser utópica, profética y esperanzada. Por el contrario, trátase de una teología que crea un hombre pasivo y adaptado, que espera una vida mejor en el "cielo", de una teología que dicotomiza el mundo.

De hecho, empero, así como la Palabra se hizo Carne, sólo es posible aproximarse a ella a través del hombre. Por eso la teología tiene que tomar su punto de partida de la antropología.

De esa forma, una teología utópica y profética tiene que estar asociada con la acción cultural para la liberación y por ende con la "conscientización". La formación teológica debería ser una forma de acción cultural para la liberación, a través de la cual los hombres deben substituir su concepción ingenua de Dios como un mito que los aliena, por un nuevo concepto: el concepto en el cual Dios, como una Presencia en la historia, no impide en ninguna forma al hombre "hacer historia"; la historia de su liberación.

Por esa razón, aunque yo no sea teólogo, me alinee entre aquellos que, en vez de considerar la teología como anacronismo, reconocen que ella tiene una importante función que desempeñar.

Con todo, para cumplir esa importante tarea, debe el teólogo tomar como punto de partida de su reflexión la historia del hombre.